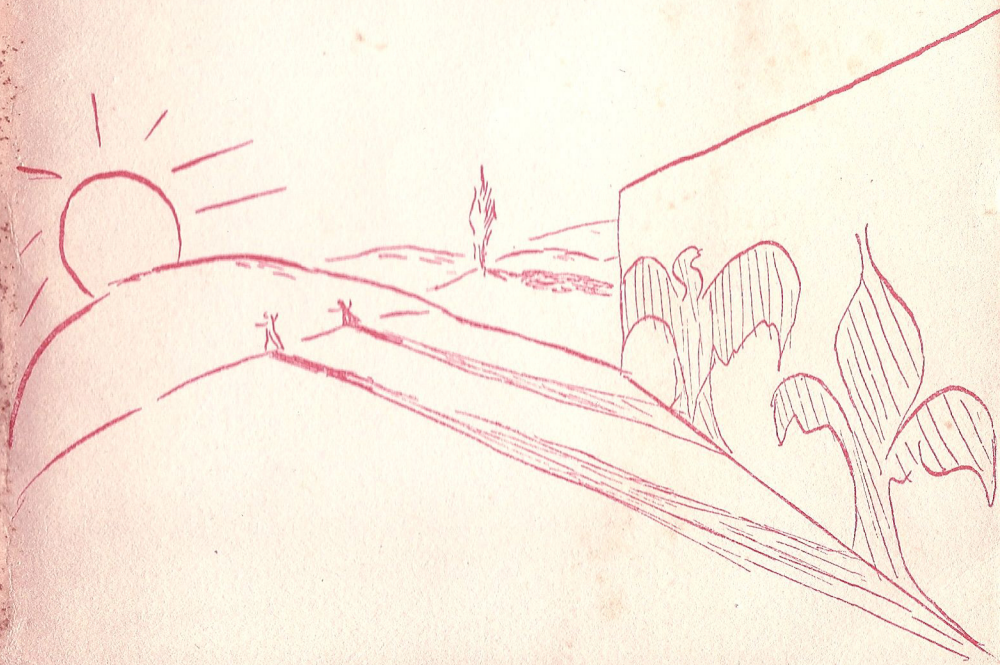


JUAN FRANCISCO GIACOBBE

LA VIDA DESCALZA

INTERMEDIO LEGENDARIO



JUAN FRANCISCO GIACOBBE

LA VIDA DESCALZA

INTERMEDIO LEGENDARIO

ACLARACION

Cuando el más verídico de los Caballeros de la edad de oro del ideal cortés y de la lucha, transforma su caballería temporal en caballería eterna, y cambia el mito del triunfo por el goce victorioso de la renuncia; cuando Francisco de Asís (hasta ayer héroe y mercante, lleva hasta los planos de la mística más contraproducentemente asombrosa en los anales del género humano, sus ideales de amor, de bien y de paz) se encuentra con Clara de Asís, la unidad total del poema y del idilio de la eternidad se da de un modo tan real y tan sublime, como en ningún otro caso, histórico o mítico, se ofrece a la consideración humana y divina.

Imagen de los más altos amores futuros, el amor de Clara y Francisco inspirará las fecundas inmortalidades de Beatriz y Dante, de Laura y Petrarca, y enriquecerá la linfa ingenuamente poética de las baladas dramáticas, hasta llegar a ser la imagen aún no delatada, de la bella renuncia del mundo por el perfecto amor en

la eternidad de la muerte, de la gótica hondura del poema de Tristán e Iseo.

Los versos de "**La vida descalza**", inspirados en aquel amor, no están abonados, en su faz argumental, por ninguna razón histórica. Los encuentros de Clara y Francisco, antes de la noche definitiva de aquel Domingo de Ramos de 1212, en la cual Clara se despoja del mundo y se ata al voto perenne de Jesús en el amor del Pobrecillo, han quedado en la intimidad del misterio.

Un entrañado afecto, ayudado por una confiada fantasía, ha querido viajar las zonas retrospectivas de lo nunca consignado, partiendo desde la más viva verdad histórica, y deduciendo los diálogos inconsignados de aquel amor, tal como quien, desde los fruibles y vivos perfumes de la corola en la altura iluminada, supusiese los ocultos perfumes de la raíz hundida en la negrura de sus esencias impenetrables.

Por razones graciosamente imperativas de amor; por razones de amor al mismo amor, y por ingenua razón de un inevitable amor al bien de la belleza santificada, el autor pide disculpas por todo aquello que, contra su voluntad, hubiese de osadía en sus propósitos y en la invención de sus motivos.

Y todo sea, según lo quería el Caballero Seráfico, en paz y en bien.

LA VIDA DESCALZA

Intermedio Legendario

Cronista.

Estos son los tiernos diálogos
de un extraño caballero
con una extraña doncella
en la edad de extraños tiempos.

Semicoro primero.

El cuenta la edad del triunfo
en los años de su cuerpo
con veintiocho equinoccios
en la estrella de su cielo.

Semicoro segundo.

Ella es la tenue doncella
que con diecisiete ensueños
se asoma por las barandas
donde descansan los vuelos.

Semicoro primero.

El viajó días de armas
y siguió goces guerreros

entre orgullo de facciones
bajo empenachados celos.

Semicoro segundo.

Ella holgó días de suerte
en torneos palaciegos
donde la casta es virtud
y el oro señor y dueño.

Semicoro primero.

Mordió él la fruta del mundo
—gusto dulce; gusto acerbo—
y supo que el mundo está
en el precio de lo extremo.

Semicoro segundo.

Desde su asombro de niña
ella penetró el concierto
de las místicas sapiencias
que hay en el tono del ruego.

Semicoro primero.

El soñaba con su dama
en la victoria de acero.

Semicoro segundo.

Ella en su jardín de pausa
esperaba al caballero
que le abriese las prisiones
que la ataban a su suelo.

Recitante.

¡Ay, los sueños del varón,
la ambición del caballero
jinete en ruta de lucha
entre las lanzas y el fuego!

Baluartes del ideal
más allá de los empeños;
roca fuerte inexpugnable
en la cima de los sueños.

¡Qué extrañada soledad
llega en el goce guerrero
cuando la tarde se va
y alto, se anuncia el lucero!

¡Cuántos caminos perdidos
en el alma sin sendero,
en el alma que se aleja,
del heroísmo primero!

Día del mundo vacío
de quien sigue el desconcierto
de los baluartes del hombre
que en la ruina otorga premios.

Una voz.

¡Ay, las almenas más altas
anunciando el cementerio
de todas las ambiciones
y de todos los recelos!

Valores de piedra muda,
valores de mudo acero
exaltando el valor triste
del ser en sí mismo muerto.

Muerto en su triunfo falaz,
muerto en su ser verdadero,
azar del triunfo sin paz
sobre su destino muerto.

Cronista.

Que así aprendió el Caballero
en los heridos senderos
en donde las armas cantan
su fragor de vituperio,
sembrando chispas de odio
y constelando en desprecio
el sentido de la sangre
en los aguerridos cuerpos.

Semicoro primero.

Simiente de los enconos
rompiendo en fértiles pechos
las bravuras sin perdón
en los laureles deshechos.

Recitante.

El viajó noches de espadas
blandiendo insultos de duelos,

jinete oscuro del triunfo
vagas famas defendiendo.

Una voz.

El viajó auroras de lanzas
y vió romperse el lucero
sobre los pechos caídos
en sus corazas de acero;
y al alférez confundido
sobre el frescor de los predios
—mutualidad de la muerte—
con el más vil escudero,
y al señor de los poderes
caer en el mismo cieno
que acogía al mercenario
en el reino de los muertos.

Semicoro primero.

Mordacidad de la suerte
que va confundiendo extremos
de quien odia en ideal
y quien mata por un sueldo.

Semicoro segundo.

Mordacidad de la muerte
que enfría en un mismo suelo
la mano con guante noble
y el impulso más plebeyo.

Coro.

Inocencia de la tumba;
inocencia del silencio

donde el bien y el mal acuerdan
su punto mudo de encuentro.

Cronista.

Que en los campos de la lucha
así aprendió el caballero
mientras perseguía fama
en su heroísmo guerrero.

Hasta aquel día en que vió,
fuerte, entre su puño abierto,
su empuñadura de espada
como un signo descubierto.

Y al temblor de su conciencia
así expresó el caballero:

Caballero.

“Por dos designios cruzados
tengo al valor esgrimiendo
y puedo encontrar la gloria
desolando y destruyendo.

Si derroto, me coronan;
me aclaman si voy hiriendo,
y cuantas más vidas aterro
más me pregonan los vientos.

“Tengo una cruz en la mano,
una cruz en el acero
que es ofensa para todos,
para el vil y el caballero;

que es herida sin perdón
que se introduce rompiendo
vivas entrañas del hombre
y lo sepulta en silencio.

“Tengo una cruz en la mano
con la que voy ofendiendo
la sangre de mis hermanos
sin piedad y sin consuelo.

“Tengo una cruz en la mano
con la que siembro el desvelo
y aplico la desventura
en donde la voy hundiendo.

“Tengo una cruz en la mano,
una cruz de crudo acero;
con ella la enemistad
en las almas va creciendo
y por ella la bondad
va en el mundo falleciendo.

“Cruz rival de aquella Cruz
en que expiró, padeciendo
la inmensidad del perdón
en donde comienza el cielo.

“Déjame cambiar bandera
—pabellón del sufrimiento—
y aprenda tu signo alto
en el más alto argumento.

“Déjame que vaya a pie
siguiendo tu regimiento,
y no sea ni el infante,
ni el señor, ni el escudero,
sino la voz sin valor
del más pobre pregonero,
que no tiene más clarín
que la extensión de los vientos,
y desde un mundo de ciénaga
te admire en el firmamento.

“Déjame cambiar bandera
—pabellón del sufrimiento—
y trueque la cruz de espada
por aquella Cruz de leño
que no otorga más blasón
ni más fama que el silencio.

“Haz que desvíe la espada
hasta el linde de mi pecho,
y con la cruz que ofendió
mate al fin mi engreimiento.
Atiéndeme, Cruz que exaltas
los justos triunfos eternos”.

Narrador.

Y la espada se tumbó
a los pies del caballero,
y una cruz de extraña fuerza
le fué levantando el fuero.

Coro.

Caminos por donde Dios
repite lo que fué cierto
y otorga sus luces nuevas
al espíritu más ciego.

Una voz.

“¿Por qué me persigues, Pablo?”

Recitante.

—sigue Jesús repitiendo—
en mil rutas de Damasco
reclutando infantes nuevos.

Coro.

Cruces de espadas caídas,
junto a vivos caballeros
que truecan la gloria humana
por la que pende del Leño.

Narrador.

Que así le pasó a Francisco
—tal se llama el caballero—
que abandonando la espada
hizo una cruz de su cuerpo
y desparramó clamores
de paz dentro de su tiempo.

Una voz.

Y fué el primer episodio
en el fervor del secreto.

Recitante.

Y en los grados de sí mismo
poco a poco va subiendo.

SEGUNDO EPISODIO

Cronista.

Ya dejó la cota augusta.
Ya dejó el corcel ligero.
Ya dejó la fuerte espada.
Ya dejó el penacho enhiesto.

Narrador.

Ya vaga por los caminos,
feliz, como un pordiosero
que ha transferido su reino
a los espacios del cielo.

Feliz porque está humillado.
Feliz porque lo vencieron
unos míseros ladrones
que en un bosque lo prendieron.

Recitante.

Y lo han dejado desnudo
sobre las nieves de invierno,

mientras él canta su triunfo
como un Heraldo del Cielo.

Una voz.

¡Qué bien le sienta la nieve,
coraza de vivo acero,
coraza de plata aguda,
regalo de Aquel Herrero
que da alas a la altura,
y le da vigor al fuego,
y le da sosiego al agua,
y le da belleza al vuelo!

Recitante.

¡Qué armadura más preciosa
que la que derrama el viento
entre derrumbes de nubes
vistiendo al mundo de cielo!

Semicoro primero.

Armadura de los montes,
de la encina y del abeto,
del cuervo más desolado
y del más mudo cordero.

Semicoro segundo.

¡Oh, armadura caída
desde el más alto secreto
y narra al alma aterida
su pensamiento más quieto!

Semicoro primero.

¡Oh, la armadura de paz,
la armadura del sosiego,
la que obliga a la conciencia
a concentrarse en el ruego!

Semicoro segundo.

Oh, armadura de extensiones
de los más blancos misterios
tendida en los horizontes
del sér que añora su fuego!

Recitante.

¡Oh, broqueles burilados
por las estrellas del hielo
en donde Francisco se arma
en desnudez, caballero
de un castillo entronizado
en los clavos de un madero
con sus coágulos de heridas
que caen en todos los tiempos,
enseñando a perdonar
—flámulas del sufrimiento—
a quien fustiga y blasfema
mientras el bien va muriendo
en la inocencia más dulce
y en el desgarré más cruento!

Una voz.

Dejad que pregone al aire,
dejad que pregone al viento,
la nueva orden de nada
que lo arma caballero.

Voces.

Desnudez de desnudeces
ante el candor de lo eterno;
una carne despojada
del arma del fingimiento
que se viste de abundancia
con las clemencias del cielo
y va a cantar ante el mundo
su nuevo enriquecimiento.

Otras voces.

¡Cómo lo templea en rigor
la armadura del Herrero
que se artesona de estrellas,
y qué vigor más austero
le da a su carne transida
la armadura del invierno!

Una voz.

¡Cantad, oh copas heladas,
fecundidad del silencio,
la gloria de desnudez
de Francisco caballero

despojado de sí mismo
para hacerse pordiosero
en los umbrales del llanto
donde triunfa el desconsuelo!

Cantad la nueva armadura
de quien, con un goce épico,
va a conquistar las alturas
en fe de renunciamento.

Semicoro primero.

Alas que dan los harapos
flotando en el sentimiento
de aquel que todo lo da
para acercar un consuelo.

Semicoro segundo.

Alas que dan los harapos
cuando levantando vuelo,
suben hasta la piedad,
la paz y el bien ofreciendo.

Semicoro primero.

Alas que dan los harapos
cuando hasta Cristo ascendiendo
pueden ser vendas de paz
curando el descreimiento.

Semicoro segundo.

Alas que dan los harapos
vibrando en dolor ajeno,

cuando el amor es renuncia
del propio merecimiento.

Semicoro primero.

Alas que dan los harapos;
descalcez, sin más sustento
que el que arroja la piedad
del hermano lastimero,
con una amplitud de polvo
por solar, abrigo y lecho,
y una inmensidad de estrellas
vigilando el poco sueño.

Una voz potente.

Pregonad la nueva orden
del extraño regimiento
que viene armado de harapos
con una cruz sobre el pecho.
Llevad su fama a las burlas.
Llevad su fama al desprecio.
Cantadla en lenguas de insultos
y arrojadle el escarmiento
de muchas piedras certeras
mientras va de pueblo en pueblo.

Cronista.

Que así va entrando en el suyo,
despojado caballero,
ese Francisco de Asís,
feliz de a pie, y harapiiento.

Narrador.

Y aquí la Gracia lo emplaza
en su **Primer Intermedio.**

Cronista.

Desde el aire más excelso,
de la más alta ventana,
Clara de Asís lo contempla...
que así se llama la dama.

**La alternancia
de las voces evocadoras:**

Primera voz.

Era la hora precisa
del anuncio y de la gracia,
cuando el cielo abre su flor
a las bodas de las almas.

Segunda voz.

Era la hora del día
que se da y que nunca pasa,
aunque se pase la vida
entre las horas más vagas.

Tercera voz.

Era la hora del aire,
cuando el espíritu llama

con sus raptos de horizontes
más allá de las distancias.

Primera voz.

Era la hora que es
divina en la ciencia humana,
corazones encontrados
en una misma mañana.

Segunda voz.

Era la hora más tierna
en la fe más delicada,
cuando el sér quiere ser sér
del otro sér a quien ama.

Tercera voz.

Era la hora ya escrita
del anuncio y de la gracia;
del cielo venían luces
como vuelos en bandadas.

Narrador.

Clara de Asís lo contempla
desde su alta ventana
como una flor de la piedra
por mil fuerzas almenada.

Ella está allí en su altura,
en su nobleza apresada;
él está abajo, harapiento,
solo entre un mundo que pasa.

Clara.

“¿En qué extraño crucifijo
de la capilla más santa
he visto esos pies desnudos,
he visto esas dulces plantas?

“¿En qué extraño crucifijo
he visto esas manos santas,
abiertas en sus heridas,
sufriendo en su santa calma?

“¿En qué extraño crucifijo
de las piedades más altas
vi esa corona de espinas
en la testa tonsurada?

“¿En qué sueño y en qué idea,
en qué fantasía rara
he visto ese crucifijo
hecho criatura humana?”

¡Oh, bondad de la pasión
que expiró crucificada,
que vuelve a bajar al mundo
en una vida descalza!

¡Caballero, caballero!
el que es la cruz en la plaza.
Como cruz te llevaría
crucificado en mi alma.

Y sería tu tonsura
(imagen bien apretada
de las espinas de Cristo
en la idea ensangrentada).
Y sería tu despojo
(santa oración desnudada
en lo alto del madero
de la vida bien pagada).
Y sería descalcez,
y sería pasión casta;
y sería la obediencia
que con tanto ardor proclamas.

¡Caballero, caballero!
el que es la cruz en la plaza:
deja que te lleve en cruz
en el amor de mi alma.

Una voz.

Y con su anhelo amoroso
vuelca en su vida exaltada
una fuente de silencios
sola, en su baranda aislada.

Recitante.

El la contempla allá abajo,
desde tan grande distancia,
en donde la voz no llega,
ni el ojo en el ver alcanza.

Pero sabe, siente y ve
lo que piensa y calla Clara,
sola, en su altura de piedra,
sola, en su torre almenada,
siendo la hora precisa
del anuncio y de la gracia
cuando el sér quiere ser sér
del otro sér a quien ama.

Narrador.

Y a la par de la doncella
en su efusión acallada,
Francisco remonta ideas
hasta el umbral de la gracia.

Francisco.

“En un esmalte sagrado,
yo vi esa paloma alta
coronando la belleza
de una ley sacramentada.

“Había aguas azules,
y había verde esperanza
y refulgencias solemnes
como soles de una alianza.

“Había un cordero místico
en el centro de las aguas,
y un profeta embanderado
con una cruz escarlata.

“Y por encima de todo
—en la esplendidez más alta—
se suspendía el imperio
de esa paloma sagrada.

“Y esa doncella que está
suspendida en lontananza,
tiene arrebatos de luz,
de esa luz que nadie alcanza,
y está diciendo la ley
de la bienaventuranza.

“¡Oh! Paloma del espíritu
que da en la fe su esperanza,
y en la esperanza da amor,
y en el todo da su gracia;
deja que pueda llevarte
como la viva semblanza
de la altura más potente
que a nuestra miseria baja.

“Deja que te haga mi emblema,
y con la pasión más casta,
te revele ante la gente
como mi dueña y mi dama.

“Deja que ponga en mi escudo
tu jerarquía tan alta
—¡oh, escudo del corazón!
oh, escudo de mi alma!—

y te lleve a los confines
de aquella extraña cruzada
que se llama paz y bien
en la lucha cristianada.

“Deja que esté de rodillas
ante tu fuerte esperanza
y reciba de tu paz
la ley de la nueva alianza”.

**Las voces evocadoras,
unísonas.**

El cielo se abría, dulce,
como una intensa mirada
en la que caben los mundos
en dos almas encontradas.

Melodías silenciosas
en melodías de pausas,
recorrían, circulares,
las alturas encantadas.

Recitante.

Y ella, un silencio de altura,
y él, un silencio de plaza,
supieron que en un lugar
donde llega la esperanza,
un amor de fe divina,
pías bodas concertaba
entre una noble doncella
que en su ansiedad exclamaba:

Clara.

“Deja que te lleve en cruz
en el amor de mi alma”.

Recitante.

Y un capitán desvestido
de yelmo, de cota y lanza,
que ordenaba en los harapos
su pía lucha descalza,
que decía en su pasión
a su dama revelada:

Francisco.

“¡Oh! Paloma del espíritu
que da en la fe su esperanza
y en la esperanza el amor
y en el todo da su gracia;
deja que ponga en mi escudo
tu jerarquía tan alta
y te lleve a los confines
de aquella recia cruzada
que se llama **paz y bien**
en la lucha cristianada.”

Las voces evocadoras:

Primera voz.

Y en medio de los silencios
de la fe más revelada,

siendo la hora precisa
del anuncio y de la gracia,
Clara y Francisco de Asís
se unieron en la constancia
de una boda de horizontes
bajo el arco de la alianza
de no ser más para sí
y ser la viva semblanza
de Aquel que vino a traer
la verdad de la Palabra
y nos devolvió al principio
de la bienaventuranza.

Segunda voz.

Clara, sintiendo en Francisco
la gracia crucificada;
y él viviendo en la doncella
a la Paloma más alta,
la que es Espíritu Santo
y la eternidad alcanza.

Tercera voz.

Era la hora precisa
del anuncio y de la gracia
cuando el sér quiere ser sér
de la Trinidad sagrada
y se une en infinito
en una fe que bien ama
esperando lo imposible

de una cruz ensangrentada
y de una virgen fecunda
en su virginidad sellada.

El coro de la dulzura.

Era la hora más tierna
en la fe más delicada.
El día se quedó en ella
—en esas bodas sagradas—
como una eterna sonrisa,
como una eterna alborada.

T E R C E R E P I S O D I O

Narrador.

Cuando dos almas se unen
en la voluntad de Alguien
en unas bodas de bien
para que el gran Bien se alabe,
buscan decirse su amor
—cerrado con siete llaves—
a la vera del reposo
en el adiós de la tarde.

Recitante.

Si él está libre en su andar,
si él está libre en su valle,

ella tiene una muralla
de piedra y de vasallaje
que la separa del mundo
y la señala en linaje.

Y en su castillo empinado
sobre el orgullo más grande,
tiene ronda de escuderos
y tiene ronda de canes.

Una voz.

Mastines de oscuro instinto
sacuden violentas fauces,
y más crueles que las bestias,
los instintos del linaje
defienden su nombre y honra
con el más fiero desplante.

La fortaleza se cierra
con más terrores que llaves,
y el odio que de allí se salga
no podrá evitarlo nadie.

Recitante.

Halcones en cielo y tierra
sacuden de intriga el aire.
Y ella está allí siempre igual,
recia, en su sonrisa afable,
en corredores de miedo,
como que fuese del aire.

Las voces evocadoras:

Primera voz.

¿Quién le abrirá los confines
de los bélicos portales
y los puentes tenebrosos
que se abren paso hacia el valle?

Segunda voz.

¿Quién le dará la franquicia,
quién la armará de coraje
para salir del castillo
y demorarse en la tarde?

Tercera voz.

¿Qué bridas tiene el amor
en sus corceles del aire,
que pasa todos los muros
y encuentra todas las calles?

Primera voz.

¿Quién no tiene en su piedad
la piedad de más de un ángel
que le abra puertas de enconos
y la conduzca hasta el valle?

Segunda voz.

¿Quién no tiene una oración
en su amor, que en bien le allane
los montes negros del odio
y la insidia de la sangre?

Recitante.

Si él está libre en su andar;
si él está libre en su valle,
ella llegará en la sombra,
cuando es olvido la tarde,
y se encontrará con él
bajo la estrella más grande,
al amparo de la lámpara,
al amparo de la Madre
que ha enviado hasta el castillo
sus mil escoltas de ángeles.

Narrador.

Y allí en la noche armoniosa,
bajo un silencio de árboles,
Clara y Francisco se dicen
sus cuitas de amor por Alguien.

Ella llega y lo saluda:

Clara.

“Dios te bendiga y su madre”.

Narrador.

Y él con un signo de cruz:

Francisco.

“Miguel Arcángel te guarde”.

**Las voces evocadoras,
unísonas.**

Ella lleva un atavío
digno de su gran linaje;
diadema de piedras finas
sobre su velo de encaje,
y un emblema de oro antiguo
bordado sobre su guante.

Todo un sueño de azucena
le da blancura al semblante,
y su belleza refulge
con el esplendor de un ángel.

Recitante.

El ciñe su escueto sayo
sobre su desnuda carne,
y un cilicio de tortura
le anuda, rígido, el talle.

Tiene el impulso de un lampo
y la ternura del ave,
y en su voz y en su mirada
todo el universo cabe.

Narrador.

Se sientan con cortesía
bajo el trono de la Madre.
Una luz de poca llama
entre suelo y estrella, arde.

Tímida flor de discurso
Clara inicia en su voz suave.

Clara.

“La voz de tu gran pasión
no halla pasión que la acalle:
se ha bajado hasta las cuevas,
se ha subido a los alares;
va al galope de la burla
y se mezcla a los trigales.

“Rumbo de burla y de escarnio,
rumbo de las falsedades,
tu pasión juega tu nombre
y en calumnias lo deshace.

“Se habla de bodas secretas
con malas fuerzas astrales;
de fingidas abstinencias,
de mentidas soledades,
y por sobre el signo de Dios,
de ocultos ritos mendaces.

“Por ello, hermano Francisco,
vengo para que me aclares
el misterio que te envuelve
y que la verdad me alcance
para que vuelva a la gente
y tu claridad afiance.

“Te ruego en nombre de Cristo
y del cielo de su Madre

que nos corona esta noche
como Virgen de los Angeles”.

Recitante.

En la melodiosa faz
del Caballero de Alguien
peregrinaba una lágrima
sobre su sonrisa afable.

Y habló con voz de conciencia,
con voz de la hondura grave
en aquietada dulzura,
en bien creídas verdades:

Francisco.

“El mal que de mí se diga,
en buena ley vive y nace;
y por tanto que parezca,
no es sino una sola parte
del que yo tengo ganado
ante los hombres y el Padre.

“Toda lengua es inocente,
por más cruel que me difame:
hasta tal punto mi mal
es vil, contumaz y grande.

“Y cada voz que pregona
mi maldad, consciente sabe
que hace justicia perfecta,
pues así lo ordena el Padre,

lector de todas las almas,
lector de toda la sangre,
que conoce mi pecado
cual no lo conoce nadie.

“La lengua del hombre es justa;
la lengua del hombre sabe
por qué maldice al gusano
que corroe y que deshace
la belleza de las rosas
dando a ellas rimas suaves.

“Hermana, mi dulce hermana,
las injurias son piedades
hacia el mal que yo he cumplido
en goce de iniquidades.

“Y el gusano más pestífero
y la sierpe más cobarde
hacen más bien al creado
que yo con todas mis artes.

“Por eso, bendita sea
la lengua que de mí hable
en el mal que me merezco,
pues mi maldad es tan grande,
que no basta a contenerla
ni la anchura de la tierra,
ni la amplitud de los mares.
Bendita sea la lengua
que al decir mi mal no yerra”.

Una voz.

Y la sonrisa amorosa
llenaba su faz serena,
como si en tanta piedad
diese inocencia perfecta
en la virtud del perdón
que al condonar no condena.

Las voces evocadoras:

Primera voz.

Y una dulce exaltación
—mediodía de azucena—
daba su plácido júbilo
a la admiración de ella.

Segunda voz.

Sus ojos lo penetraban
con aquel fulgor de estrella
que busca la hondura amada
en la fuente que se enciela.

Tercera voz.

Y él, confesión peregrina,
y ella, perfecta certeza,
se unían en los motivos
de la intimidad eterna.

Narrador.

Y en su lago de mutismo
oraba, Clara, secreta:

Clara.

“Madre del Lirio más alto,
Estrella de las estrellas,
Medida del Dios nacido
en tu verdad de doncella:
ruégale a tu Infante Cristo
porque esta pura conciencia
de paz y bien, perpetúe
los motivos de Su huella
aquí en este bajo mundo
donde anduvo Su presencia.
Y sea la imagen de El,
siendo Francisco en su esencia.
Raíz del Lirio que aroma
la Trinidad sempiterna”.

Recitante.

El la miraba arrobado
con una mirada plena
en sus ojos de alborada
en perpetua primavera.
Y distinguía, lejano,
un arco iris de perla
circundando la Paloma
del Espíritu que encierra
las llovidas beatitudes
de las gracias valederas.
Y decía en su piedad:

Francisco.

“He aquí la mensajera
de los dones del misterio;
¡Jesús, soy indigno de ella!”

Narrador.

Mientras Clara percibía
la Cruz radiada en estrellas
en las hondas latitudes
de aquellas pupilas negras
del bienamado y rogaba:

Clara.

“En su santidad más alta
la Cruz en él se recrea.
¡Jesús de las Cinco Llagas,
que a Ti yo en él te merezca!”

Recitante.

Y en el concierto celeste
de las místicas entregas,
los dos gustaban del bien
en donde lo eterno empieza.

Las voces de la evocación.

La noche traía signos
de encontradas realezas
más allá de las honduras
de las más hondas estrellas.

Un inaudito murmullo
de sagradas permanencias
vibraba al borde del mundo
en la Majestad despierta.

Otras voces.

Querubines compañeros
de la Virginidad excelsa
gozaban en los amantes
con una alegría leda;
porque él se daba al Espíritu
dándose a la doncella,
y ésta, en él, dada a la Cruz
en su adoración más plena.

Señor de todo el milagro
en la castidad serena.

PAUSA

C U A R T O E P I S O D I O

Cronista.

Y continuó en su recato
la fresca bondad de Clara:

Clara.

“Como un desborde de ciénaga
la calumnia se derrama

y declara en cada esquina
que has desposado una dama
de vergonzoso abolengo
ya señalada en la infamia”.

Cronista.

Y le respondió Francisco
con humildad allanada:

Francisco.

“Dice bien la voz que anuncia
que mi alma está desposada
con quien se desposó en Dios
en la noche de la infamia.

“Dicen bien de su abolengo,
porque, por Dios señalada,
lo hundió en un establo en ruinas
y en fama vituperada,
lo acompañó en el desierto,
lo deslumbró en la montaña.

“Fué hasta la tumba de Lázaro
llorado por sus hermanas;
perdonó el amor perdido
de María de Magdala,
y con El, alumbró ciegos
en las rutas miserandas,
sin tener más que una túnica,
sin tener siquiera almohada,

sin tener lumbre ni techo,
siendo su signo y su dama,
desnuda con él en cruz
y en la cruz con él clavada”.

Cronista.

Ya en lo alto del recuerdo
con júbilo proclamaba:

Francisco.

“Yo también me he desposado
con nuestra Pobreza, hermana,
que es doncella malquerida,
que es doncella despreciada,
porque es la única fiel
que cuna y tumba acompaña.

“Por ella la sangre llora
en el borde de las llagas;
las vigiliass se hacen quejas
en la razón desolada,
y la ambición se retuerce
como sierpe emponzoñada.

“Ella es la más conocida
y ella es la más renegada,
la que está en boca de todos
y hace la saliva amarga
cuando el terror desconcierta
en el hambre que desgarras,

“Color de la sangre viva,
color de la vida humana,
Nuestra Señora Pobreza
te enseña que nada es tuyo:
ni la vanidad endeble,
ni la fuerza que desmaya,
ni la gloria que fenece,
ni el triunfo que nunca paga,
ni el ensueño que promete
sin darte la dicha ansiada,
ni la ilusión que se rinde
en sí misma lastimada;
ni el deseo que acongoja
la hora que fué gozada;
ni el dinero que transita,
ni la gloria de la fama.
Nada, en fin, vive sin ella,
y en ella todo se acaba”.

Cronista.

En sus ráfagas proféticas
la noche se balanceaba.
Y desde un río infinito
la verdad se desbordaba.

Francisco.

“La salud, en fibra ardiente,
se empobrece, al fin, postrada
sobre aquellos mismos huesos
que la erigieron gallarda.

“La riqueza que fascina
y en el lujo se derrama,
tiene al lado un mausoleo
donde debe ir mañana,
llevando siempre escondida
la pobreza por hermana.

“El poder que se entroniza
sobre un pedestal de armas
se empobrece con su intriga
y sucumbe con su calma.

“Que en el medio del vivir,
está la pobreza hermana
como una virtud que limpia,
como una pena que salva,
porque te salva de ti,
de Luzbel te desarraiga,
y te pone de rodillas
ante tu propia ignorancia.

“¡Pobre de ti que eres tierra,
miseria tierra prestada!
¡Pobre de ti, que eres aire,
brisa divina insuflada!
¡Pobre de ti, que eres tiempo
en la hora cercenada!
¡Pobre de ti, que eres sueño
en tu vanidad hinchada!

¡Pobre de ti, que eres nada
viviendo tu propia nada!

“¡Pobre de ti, ante lo eterno
que eternas dichas derrama!
¡Pobre de ti, que eres culpa
en tu conciencia asolada!
Ponte en tu propia miseria
y despósala enjoyada
por no ser más que un instante
en la eternidad sellada”.

Las voces evocadoras:

Primera voz.

Ella en la oscura penumbra
lo miraba deslumbrada
por el brío de su verbo
y la rectitud del alma.

Segunda voz.

Iba y venía en el aire
una anunciación extraña
como preludios de siglos
que a la eternidad cantaban.

Tercera voz.

Iba y venía en el aire
un aroma de bonanza
con piedades diluídas
en gratitudes lozanas.

Recitante.

Ya al borde mismo del ruego
el tenía el alma hincada
allá en el primer misterio
de la redención amada.

Francisco.

“No creas que por mi mérito
he descubierto la gracia
que se oculta en estas bodas
con la esposa despreciada.
Belén propone su ejemplo
y la inspiración constata.

“La amorosa eternidad
a ser hombre se rebaja.
Se viste sayo de horas
y cilicio de mudanzas.
Deja su tiempo de luz.
Deja su Padre y su casa.
Deja su perfecto bien
y se hace conciencia humana.
Y por renuncia de todo
a la pobreza se abraza”.

Recitante.

Círculos de coros tiernos
cantaban en consonancia:

Coros.

“Y por renuncia de todo
a la pobreza se abraza”.

Recitante.

Y en consonancia de cielo
Clara en bendición cantaba:

Clara.

“Y por renuncia de todo
a la pobreza se abraza”.

Recitante.

Y Francisco en su misterio
renueva en fiel alabanza
la crónica del misterio
que en revelación nos salva.

Francisco.

“Nace de una Virgen pobre,
desnudo, en la pobre paja;
sobre un suelo de limosna,
en la ruina de una casa
que es albergue de las bestias
de fatiga y de labranza.

“Y nada le pertenece,
ni el título de la fama
del nombre que certifica
una descendencia honrada,

siendo, al fin, su propio padre
en la voluntad sagrada
de la Virgen que lo acepta
y San José que lo ampara.

“Pobreza de la pobreza.
Bodas del todo y la nada,
en donde nos nace el bien
de la Bondad revelada”.

**Y el secreto de los cielos
cantaba unísono en Clara:**

Clara.

“Pobreza de la pobreza.
Bodas del todo y la nada,
en donde nos nace el bien
de la Bondad revelada”.

Recitante.

Y él seguía en su misterio
de inspiración renovada:

Francisco.

“Dios que renuncia a su reino
de mansiones estrelladas,
y se reduce a ser hombre
hijo en la forma creada.

“El que es motivo de todo
en la Trinidad sagrada.

Ayer, raíz de lo eterno:
hoy, la hoja de una rama
que tiembla a todos los vientos
de la estirpe condenada”.

¿Quieres pobreza más pobre!...
¿Quieres pobreza más santa
que la que deja el Imperio
de la paz y la alabanza,
de la Verdad sempiterna
y de la eterna abundancia,
por los rasguños del frío
en la pobreza ya árida
de la paja despreciada
que no sirve en su aridez
ni siquiera para llama,
sin futuro en la belleza,
de todo fruto olvidada,
despojo de su despojo
que ayer fué fuerza espigada
sobre el goce de las eras
en su riqueza dorada!...

“Jesús que nace en pobreza,
la renuncia nos señala
de ser voluntad sin bienes,
y vivir en la esperanza
del don de la Providencia,
que, sapiente, nos regala,

desde la estrella a la hierba,
desde el dolor a la calma.

“Por eso, ya en el nacer
Jesucristo nos reclama
hacia la esencial pobreza
que tanto misterio guarda”.

Cronista.

Con clamores de secreto
Clara y los coros cantaban
repetidas alusiones
a la pobreza anunciada.

Y él seguía en la pasión
de su renuncia exaltada
con un fervor de altitudes
en su voz regocijada.

Francisco.

“Por caminos de pobreza
se cumple la Nueva Alianza,
sin más bienes que el amor
sobre la vida descalza.

“Senderos de la intemperie
de la materia y del alma,
Jesús los recorre todos
con su persona descalza.

“Senderos de la intemperie
de la culpa y la desgracia,
Jesús los consuela todos
con su disculpa descalza.

“Senderos de la intemperie
—angustia y desesperanza—,
Jesús lo restaura todo
con su majestad descalza.

“Senderos de la intemperie
—odio, envidia y arrogancia—,
Jesús lo confirma todo
con su justicia descalza.

“Senderos de la intemperie
—su pobreza traicionada—,
Jesús lo soporta todo
en su clemencia descalza.

“Senderos de la intemperie
—pobreza crucificada—,
Jesús lo redime todo
con su excelsitud descalza.

“Senderos de la intemperie
—Cristo que al sepulcro baja—,
Jesús lo perdona todo
desde su muerte descalza.

“¡Deja que siga el sendero
de la intemperie del alma;

que ascienda rutas de cruces;
que implore en puertas cerradas
la limosna de un perdón
para mi vida descalza!

“¡Haz que te siga la huella
desde mi baja sustancia
—pobredad de pobredades—
y concierte mi esperanza
en la Providencia oculta
que todo ordena y alcanza!
¡Ay, sayo de penitencia,
amor de la fe descalza!...”

Coros.

Grandes arcos de delirio
temblaban en su plegaria.
Se abrían grietas de llanto
en medio de la palabra,
y el alma se le partía
en un goce de exultanza
tan recia, tan noble y cálida,
que las raíces temblaban
en los gérmenes secretos
de la ingenuidad creada.

Cronista.

Y así, besando la tierra
con su lágrima enjoyada,

vió sobre el suelo **aquel guante**
con el emblema de Clara,
la toca de encaje fino,
y la diadema preciada,
y los zarcillos de perlas,
los chapines y la capa;
todo disperso al azar
como prendas despreciadas.

Recitante.

Y levantando sorpresa
hasta el punto de la dama,
la vió postrada en la sombra
hija de la pía lágrima,
ella también repitiendo
con su voluntad hincada:

Clara.

“Deja que siga el sendero
de la intemperie del alma;
que ascienda en rutas de cruces;
que implore en puertas cerradas
la limosna del perdón
para mi vida descalza.

“Haz que te siga la huella
desde mi baja sustancia
—pobredad de pobredades—
y concierte mi esperanza

en la Providencia oculta
que todo ordena y alcanza.
¡Ay, sayo de penitencia,
amor de la fe descalza!

**Las voces de
los asombros:**

Primera voz.

Al caballero de Asís
le recorrió un lampo el alma.

Segunda voz.

¡Ver esa perla que era
un engarce de la gracia!...

Tercera voz.

¡Ver esa joya del cielo
viviendo su misma lágrima,
soñando su mismo sueño,
hablando su misma habla,
ser el espejo obediente
de su renuncia acabada;
ser la fe en su misma fe;
la esperanza en su esperanza,
y en su amor, la caridad,
y en su virtud, la templanza!...

Primera voz.

¡Y verla así, de rodillas,
de sus galas despojada
como una soledad más
que busca entre las desgracias
ser lenzuelo que se ofrece
para enjugar pena y lágrima;
Verónica en los reductos
donde la cruz vive y pasa;
imagen de su destierro
en la voluntad descalza!...
¡Y viéndola prematura
para tan dura cruzada;
ella, flor de los torneos;

Segunda voz.

ella, cifra ambicionada
en totales de abolengo
en donde campea la fama:

Tercera voz.

ella, cita de fortunas;

Primera voz.

ella, fulgor de su casa!...

Recitante.

Y sabiendo los recursos
del odio que esgrime armas

por mantener su pendón
en las almenas más altas
del orgullo y la riqueza
en vanidad de oriflama,
recogió con mansedumbre
las prendas ya renunciadas;
se las devolvió a su dueña
con su sonrisa más tácita,
en la que campeaba el bien
de una orden rogada;
y en inteligencia muda
la intención fué concertada.

Cronista.

Ella, ya ausente en sí misma,
repuso en orden sus galas,
se acomodó en la humildad
de una obediencia signada;
mientras él con voz modesta
que parecía, en lo diáfana,
ser la dulzura del céfiro
cuando lo transita un ala,
le dió el precepto sencillo
para la vida descalza:

Francisco.

“Oruga que va subiendo
desde el suelo hasta la rama,
por el Arbol de la Vida,

por el Arbol de la Gracia,
es, en su tiempo de mundo,
la trayectoria del alma.

“Paciencia, siendo ansiedad
que sufre por la fragancia
de la rosa de la altura
que en el azul se solaza.

“Paciencia que le apresura
el camino que no avanza
en la estrechez de los días
con sus citas de esperanza.

“Paciencia de las paciencias
en la prudencia graduada
en la pasión que suspira
en su vehemencia encadenada.

“Sigue tu tiempo de oruga.
Sigue tu curso a la rama.
La Providencia te cita
en el aroma que exhalan
la rosa azul de la fe
y el fruto de la constancia.

“Sigue tu tiempo de oruga,
desde el suelo hasta la rama.
Cuando llegues a la altura,
vístete con tu mortaja;

sepúltate en tu silencio,
y resurgirás, crisálida,
con un dominio de rumbos
que te señalan las alas.

“Pero llegarás arriba,
desde el suelo hasta la rama,
como un ejemplo de oruga
a quien conduce la gracia
desde el barro de su cuerpo
hasta el Reino de las Alas”.

Los coros
de la ternura.

Ella ya estaba situada
en las clámides del aura
de la obediencia serena
que a la renuncia prepara.

Recitante.

Obsequiaron a la Virgen
que sostuviera su guardia
desde su Trono de Angeles
en su clemencia callada,
y derivaron los pasos
hacia la cima almenada.

QUINTO EPISODIO

Era la hora que es
divina en la ciencia humana;
corazones encontrados
en la voluntad sagrada.

Semicoro primero.

Ya se oían las jaurías
como penas desgarradas
en persecución de rondas
en sendas sobresaltadas.

Semicoro segundo.

Y había crueles condenas
en horcas escarmentadas.

Una voz.

Ella se detuvo un punto
temblando por la emboscada
que ya estaría vibrando
para que él descontara
la imprudencia del encuentro
en la hora sospechada.

Y tembló en la senda oscura
como un lampo sobre el agua.

Recitante.

El, mirándola en los ojos,
le reforzó la confianza

con el recuerdo cercano
en la aprendida observancia:

Francisco.

“Jesús, que nace en pobreza,
la renuncia nos señala
de ser voluntad sin bienes
y vivir en la esperanza
del don de la Providencia
que sapiente nos regala
desde la estrella a la hierba,
desde el dolor a la palma.

“Renuncia a todo tu bien,
aun siendo ese bien, mi alma”.

Coros de la ternura.

Ella asintió en el silencio
de una complacencia vasta.
El, besándole la mano
e irguiendo en voz su tonada,
comenzó a poblar la sombra
con su potente balada,
como un desafío al sueño
y un desafío a las guardias:

Francisco.

“Si has de creer en la fe
de la Verdad revelada,

deberás creerla en paz
de una bondad concertada:
que la fe sin alegría,
no llega nunca a la calma”.

Coros.

Nadie se movió en la noche,
como si nadie escuchara.

Francisco.

“Si mides el premio eterno
con tus horas de esperanza,
adorna en serenidad
lo que la espera no alcanza:
que espera sin alegría,
no llega nunca a la calma”.

Coro.

(Y aunque el canto hiciera eco
en las más altas murallas,
el mundo seguía dormido
como si nadie cantara).

Francisco.

“Si has de amar todo el amor
que la gracia te regala,
devuélvelo en la medida
con que el regalo te alcanza,
que piedad sin alegría
no llega nunca a la calma”.

Recitante.

Ya en el linde de las fosas
del castillo remataba
el fervor de su consejo
y el candor de la balada;
pero, impasible en su sueño,
el orbe en sueño quedaba.

Una voz.

Los portales ya se abrieron
con la más extraña magia,
y la amante y el amado,
en recíprocas miradas
que entregaban las honduras
de la fe ya desposada,
siguieron por los senderos
de la caridad lograda.

Recitante.

Hubo cita sólo en Dios,
y sólo en Dios fué sellada
la despedida sin tiempo
para la eterna mañana.

Las voces evocadoras:

Primera voz.

Y ella buscó sus alturas
como la oruga del alma

que entre paciencia y paciencia
sube del suelo a las alas.

Segunda voz.

Y él bajó a las intemperies
de sus pobrezaas amadas,
buscando en el Cristo vivo
la caridad revelada.

Tercera voz.

Uno viviendo en el otro
como repartida gracia:
él, pasión de cruz divina;
ella, Paloma Sagrada,
y uno y otra siendo en fin
la unidad de la esperanza.

**Los coros misteriosos
de la vida que sufre:**

Primer coro.

Ya la aurora repartía
cresta en las almenas altas,
y la culpa renacía
entre ambición y desgracia.

Segundo coro.

A las intemperies crudas
volvían todas las almas;

Voces solas.

—unas renegando en Dios,
—otras soplando en sus llamas,
—otras avivando engaños,
—otras mordiendo de saña,
—otras en odio teñidas,
—otras en carne anegadas,
—otras sufriendo el rigor
de la conciencia herrumbrada,
—unas con puertas abiertas,
—otras con puertas cerradas.
Misterios de los mil juegos
en los mil juegos del alma.

Voces.

Todo volvía al misterio
de la vida desterrada
sobre la tierra que es grave
para la vida encarnada.

Otras voces.

El mal trazaba sus círculos
de ligaduras extrañas,
poniendo tanto de infierno
en el sentido del alma,
y el corazón era copa
de pena, angustia e infamia.

Voces.

El alma perdía su rumbo
en la elíptica malvada,
y se olvidaba de sí,
de Jesucristo olvidada.

Recitante.

Pero arriba, en el castillo,
y allá abajo, entre las zarzas,
dos voluntades de amor
se hundían en la plegaria.

Los coros del fervor:

Primer coro.

Darse, por dar a Jesús
las llaves de aquellas almas
que la dejaron perdidas
en mil aventuras raras.

Segundo coro.

Darse, por dar a Jesús
las llaves de la fe clara
que proyecta voluntades
en la verdad sin mudanza.

Primer coro.

Darse, por dar a Jesús
las llaves de la esperanza

que sabe el signo del duelo
y en su infinito lo alcanza.

Segundo coro.

Darse, por dar a Jesús
las cerraduras sagradas
de la piedad sin secretos
que perdona porque ama.

Primer coro.

Darse, por dar sin pedir
ni bien ni premio en ganancia;
darse por amor a Dios,
como heraldos de la Gracia
que todo lo justifica
en la eternidad más alta.

Segundo coro.

Darse por dar, sin saber
más que el darse en alabanza,
siendo en el goce de entrega,
voluntad sacrificada
por la propia voluntad
que se da así, porque ama,
más que la esencia de sí,
la esencia eterna donada
en el fondo del espíritu
en la gracia revelada.

Recitante.

Flámula en el firmamento,
flámula de la plegaria;
ella enarbola en la torre
su flámula cristianada
por un signo de renuncia
y otro signo de alabanza.

Ya aprendió en la noche el credo
de la intemperie descalza,
y en la renuncia feliz
todo el futuro del alma.

Una voz.

Ya vendrán noches de agobio,
vendrán luchas enconadas
con las huestes de perjuros
que encienden las propias llamas.

Vendrán noches ofendidas
por la maldad que desplaza
sus ejércitos de angustias
junto al baluarte del alma.

Vendrán las noches de luchas.
Vendrán las noches de alarmas.
Mas ninguna borrará
la noche maravillada
en que ella pasó el umbral
de la cristiandad descalza.

**Voces multiplicadas
en la exultanza.**

Ya tiene perlas de olvido
sobre las perlas más caras;
ya tiene olvido de bienes
por la pobreza anhelada;
ya es la oruga que se encierra
para ser amortajada,
y muriendo de sí misma,
hallar su reino de alas.

Ya es un vuelo de oraciones,
ya es un vuelo de plegarias;
ya es en gracia de alegría
una voluntad hincada.

Cronista.

Que así sucedió en el diálogo
de una noche bienamada
sin fecha en libros de historia,
sin nota en la remembranza,
signada en la paz de Dios
entre un alma enamorada
de la mística pobreza,
y la otra, consagrada
al motivo de ese amor
con dicha sacrificada.

Coro.

Que así sucedió en el diálogo
de esa boda tan extraña
de un extraño caballero,
de una extraña y noble dama
en los torneos de Dios,
cuando Jesucristo inflama
el triunfo en el sacrificio
y la gloria en la plegaria.

Cronista.

El se llamaba Francisco,
ella se llamaba Clara.
Te darán la paz y el bien,
si llevas vida descalza.

ENVIO
A SANTA CLARA DE ASIS

Santidad transparente del olivo.
Alma secreta en sueño de paloma.
Antigüedad perfecta del aroma
en un mundo infinito y lenitivo.

Fervor del renunciar caritativo.
Pobreza que al negarse, a Dios se toma,
y en el dolor al paraíso asoma
a través del amor definitivo.

Dame tu certidumbre de alborada.
Dame tu fuerza bien resuelta en día;
y ese nacer constante en la alegría;

y ese gozar en paz crucificada,
y advierta que en mi alma despatriada
va naciendo la eterna melodía.

Homenaje septicentenario a
SANTA CLARA DE ASIS
de la
Delegación General Franciscana
en la Argentina

OBRA FRANCISCANA PAX ET BONUM

Rivadavia 4879

Buenos Aires

República Argentina

Este libro se terminó de imprimir
el 25 de abril de 1953 en las
Escuelas Gráficas del Colegio Pío IX,
Don Bosco 4002, Buenos Aires.